



Luis Sánchez Latorre

Querida chusma

Germán Gamonal, bien, muy bien. En “Ruido de sables”, su recién lanzado libro, no trata de repetir el relato de un episodio conocido: trata de poner el acento en detalles históricos que dan nuevo relieve a la época que tuvo como primer actor político a don Arturo Alessandri.

A mi juicio, releyendo a escritores como José Santos González Vera, Manuel Rojas, Eugenio González, Luis Enrique Délano, Carlos Vicuña, los años veinte constituyen un nuevo descubrimiento de Chile. La idea extendida de la educación pública y la presencia activa de la clase media cobran el impulso de un cambio revolucionario.

En los tiempos que yo tengo más nítidos, que son los de la infancia, a nadie se le habría ocurrido suicidarse en las puertas de La Moneda. En primer lugar, porque el palacio de gobierno, aun instalado en el mismo punto donde está ahora, quedaba lejísimos de los pobres o desvalidos que habitaban barrios y conventillos distantes. De otro lado, el presidente de la

república no llegaba jamás a trajinar en los lugares distantes. Él, como el torero de gran tronío, solía pasear, ajeno al toqueteo de la multitud, en calesa, naturalmente, y no siempre pidiendo guerra como Guerrita, el diestro español.



Don Arturo Alessandri fue el revolucionario por antonomasia de nuestro siglo veinte, hasta el extremo de haber sido calificado como el “Lenin chileno” por los conservadores recalcitrantes.

El presidente, amado, odiado o temido, era una institución mítica. La democracia produjo la mayor revolución de la historia al transformar demagógicamente a este sucesor del Viejo Rey en personaje de carne y hueso.

En 1920, don Arturo Alessandri se atrevió a echarse al hombro a la gente reunida en su casa llamándola “querida chusma”. Ésta era la prueba que necesitaba el pueblo para erigirlo en ídolo de las familias modestas. Desde entonces

el hombre común se familiarizó con el presidente -el que fuera- como con un semejante investido de ciertos poderes.

Al agitar el avispero de la “cuestión social”, el Viejo Rey acortó

distancia y situó su guardadero de La Moneda al alcance físico de cualquier hijo de vecino.

La antigua sociedad aristocrática, ya devenida en plutocrática, abrió sus puertas al menestral, al obrero, al em-

pleado, que con sus “sociedades” y sindicatos no vacilaron en llevar sus desfiles y consignas a las vecindades de la Casa de Toesca.

De esta forma, Alessandri se convierte en el revolucionario por antonomasia de nuestro siglo veinte, hasta el extremo de ser calificado como el “Lenin chileno” por los conservadores recalcitrantes. Nadie, ni Ibáñez, ni don Pedro Aguirre Cerda, ni Salvador Allende, podrán competirle en la tarea de abrir los ojos del pueblo.

Junto con tirar a la calle la corona del Viejo Rey, sometía al escrutinio de la “querida chusma” todo el misterio del Santo Grial de la política. Recabarren, Lafertte y otros revolucionarios no se cansarán de agradecer este esfuerzo. El Ungido no sabe, sin embargo, que al exponerse al contacto de tú por tú con las masas, inevitablemente atraerá también el campanazo de peligro de la “fronda plutocrática”. El “ruido de sables” enseña que el desasosiego político no pasa nunca de moda.